
PRÓLOGO

Es este congreso, *Matrícula y lecciones*, el sexto que se reúne en Valencia sobre las universidades hispánicas. Desde el primero, *Claustros y estudiantes* —en 1987, también en esta facultad—, nos hemos juntado en once ocasiones, los otros fueron en México —tres—, en Salamanca y Madrid. Sus nombres y fechas se relacionan con detalle en el prólogo a *Ciencia y academia*, que fue el noveno.

Con esta sucesión de congresos a lo largo de veinticinco años intentamos y hemos logrado integrar grupos de trabajo sobre la historia de las universidades. No tratábamos de multiplicar reuniones, ni de exhibir la participación de algunos prestigiosos historiadores de diversos países, sino buscábamos crear un lugar de encuentro entre quienes nos dedicamos a indagar el pasado de las universidades españolas y americanas, un contacto continuado para avanzar en la investigación. La colaboración es un buen índice sobre el desarrollo de una ciencia, sin duda facilita las tareas y favorece el debate, relaciona a quienes se interesan por un mismo campo de estudio... Basta repasar los índices de nuestros congresos para reconstruir el núcleo permanente de quienes participan, junto a profesores y especialistas invitados, que permiten ampliar el horizonte y los contactos en el estudio de la historia universitaria.

Los congresos sobre historia han sufrido una devaluación en los últimos tiempos. Por un lado su convocatoria ha pasado con frecuencia a instancias políticas, que los organizan y costean; de este modo muestran su interés por lo que ellos llaman «cultura», conmemorando centenarios y sucesos que la ideología de turno considera oportuno —incluso crearon y dotaron con este fin una sociedad estatal de conmemoraciones

culturales, que en 2010 se transformó en Acción cultural española—. Por otro lado, la costumbre española de acudir solo a soltar la comunicación y desaparecer para atender a sus múltiples ocupaciones, reduce el intercambio de planteamientos, el contacto con otros estudiosos. Si se conmemora la muerte o nacimiento de algún personaje, se repiten una y otra vez los mismos datos y aun las mismas ideas. Quienes solo asisten a su propia intervención, no saben lo que ya se ha dicho: en una ocasión oímos disculparse a un comunicante —que estuvo todo un día— porque ya se había expuesto por la mañana parte de los datos que presentaba... Estos comportamientos no son frecuentes en Francia, Italia o Alemania, al menos según nuestra experiencia. Por si faltaba algo, en las comisiones de calificación universitaria se han devaluado los congresos porque no tienen calificadores: cuando el hecho de ser invitados por los organizadores se debe considerar distinción o mérito; es evidente que si presentasen una comunicación mediocre se eliminaría de las actas. En todo caso, debían leerse y valorarse para ser juzgados con objetividad: pero quienes los juzgan han de sujetarse al baremo establecido por norma, tal vez porque no se fían de su imparcialidad... Los políticos financian congresos, algunos fastuosos, y luego deciden que participar en ellos no sirve para nada...

Nosotros hemos procurado convertir los congresos en un instrumento para la investigación de la historia universitaria. Es verdad que algunos han coincidido con aniversarios, como *Aulas y saberes* (1999), con los cinco siglos de fundación de Valencia, o *Permanencia y cambio. Universidades hispánicas (1551-2001)*, con ocasión de los cuatrocientos cincuenta años de la real universidad de México. Aprovechamos esos momentos para engarzar un congreso en las celebraciones, pero desde nuestras propias líneas de investigación y modos de proceder. Nuestras comunicaciones no suelen ser un simple resumen de trabajos anteriores, ni repentizan unas páginas para salir del paso, sino indagan aspectos o fuentes nuevas, sobre cuestiones que llevamos tiempo estudiando. No se conforman con la bibliografía existente, como es práctica frecuente ahora, haciendo bueno el adagio medieval *libri ex libris fiunt*... Hemos logrado sin duda la cohesión de grupos de investigación a buen nivel, al menos para países como España y México, que aunque no sean del tercer mundo, tampoco están en el primero...

Podría parecer que nos alabamos en exceso —es posible—. Pero veamos los resultados alcanzados en la historiografía a lo largo de los últimos treinta años, en los que sin duda hemos colaborado. No vamos a acumular autores y obras —ya los especialistas las conocen—, sería interminable y farragoso. Haremos unas consideraciones generales que, en buena parte, figuraban ya como metas en el prólogo de *Claustros y estudiantes* —hace más de un cuarto de siglo—.

1. En primer lugar, hoy la historia de las universidades se ha desvinculado de la historiografía eclesiástica, sin dejar de resaltar sus conexiones evidentes con la iglesia. Por tradición se cultivaba como un sector de ella, por la aprobación y financiación pontificias y la alta presencia de clérigos en sus aulas durante las edades media y moderna. En una alta proporción la antigua bibliografía estaba escrita por sacerdotes o religiosos. Vicente de la Fuente, canonista y buen historiador, publicó una *Historia de las universidades, colegios y demás establecimientos de enseñanza en España* (4 volúmenes, 1884-1889), que durante muchos años no fue superada. Describía con cierta añoranza los viejos centros desaparecidos, los valoraba en unos momentos en que la universidad liberal centralizada mostraba síntomas de fracaso, mientras los claustros vivían cierta recuperación y anhelaban reformas. Presentaba cuadros sucesivos de las distintas universidades, en especial Salamanca y Alcalá de Henares. Hasta hace treinta años la bibliografía dependía de aportaciones ligadas al mundo eclesiástico, escritas por algunos clérigos eruditos, en especial sobre la edad media; hubo un grupo nutrido en Salamanca, que podría simbolizarse en Florencio Marcos y sobre todo en la extraordinaria figura del dominico Vicente Beltrán de Heredia —en Valencia, el canónigo Sanchis Sivera—. Sin olvidar los gruesos volúmenes de Cándido M^a Ajo, de cuya obra nos ocuparemos después.

En España la línea de historiadores de la iglesia terminó hace unos veinte o treinta años: el *Repertorio de Historia de las ciencias eclesiásticas en España* (7 volúmenes, 1967-1979) y el *Diccionario de Historia Eclesiástica de España* (4 volúmenes, 1972-1975, suplemento, 1987) consideraban las universidades dentro de su ámbito de estudio, mientras se omiten ya en la *Historia de la iglesia en España* (7 volúmenes, 1979-1982), dirigida por Ricardo García Villoslada. Esa separación liberó en parte la historia de las universidades de los elementos apologeticos y exaltadores que solían resaltar con frecuencia, de su inclinación a examinar su estructura y dependencia eclesial más que la transmisión de saberes o la proyección sobre la sociedad y la política...

En México, no había estudios sobre la real universidad, que había desaparecido, sustituida por escuelas especiales e institutos... A inicios de los ochenta, apenas existían algunas ediciones de Julio Jiménez Rueda y otros estudios promocionados con ocasión del cuarto centenario —el más valioso de Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca—. Algo después publicó Alberto M^a Carreño su historia de *La real y pontificia universidad de México* (1961) y los extractos de sus claustros (2 volúmenes, 1963), y José Luis Becerra López, *La organización de los estudios en la Nueva España* (1963). Aparte, la *Crónica* de Plaza editada por Rangel (2 volúmenes, 1930) o el ceculario de Lanning (1946). Las demás universidades de la América hispana contaban con diversa bibliografía —sobre Chile, Toribio Medina—, que recogió y sistematizó Águeda M^a Rodríguez Cruz en su *Historia de las universidades hispanoamericanas* (2 volúmenes, 1973). En el momento actual

los historiadores del Instituto de estudios sobre la historia de la universidad y de la educación de la universidad autónoma de México han logrado elevar el nivel y ampliar los enfoques: Enrique González, Margarita Menegus, Armando Pavón, Clara Inés Ramírez, Leticia Pérez Puente, Mónica Hidalgo, Rodolfo Aguirre, y –sobre la etapa contemporánea– Jesús Nieto, Lourdes Alvarado...

2. Un segundo avance ha sido la cronología histórica abordada. Vicente de la Fuente o Cándido M^a Ajo acaban su relato al llegar el siglo XIX: cosa lícita, cada investigador decide el ámbito que quiere abarcar. Otra cosa es *De la instrucción pública en España* (3 volúmenes, 1855) de Antonio Gil de Zárate, quien también se detiene en esas fechas. Ahora bien sus volúmenes tenían una intención política; subrayaba la indudable mediocridad de las viejas universidades, para justificar la reforma del ministro Pidal en que participó, diez años antes, que las redujo a departamentos del estado liberal. Es historia interesada, hecha por un político que busca mostrar vicios y carencias para dominarlas, imponer la uniformidad y la centralización, desgajarlas de la iglesia, cuya presencia había sido uno de sus ejes de poder durante siglos.

Apenas había estudios sobre la época contemporánea, si se exceptúa una *Historia filosófica de la Instrucción pública en España* (2 volúmenes, 1871-1874) de Juan Miguel Sánchez de la Campa, o algunas historias de determinadas universidades –Esperabé de Arteaga sobre Salamanca o Montells y Nadal sobre Granada–. De mayor valor fueron las páginas de Francisco Giner de los Ríos sobre *La Universidad española* (1916) o los tomitos de Alberto Jiménez Fraud, publicados en México desde su exilio en Oxford, que refundió en *La universidad española* (Madrid, 1971). También, debe mencionarse a Yvonne Turin, *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902* (1959, Madrid, 1967). A partir de los setenta se empezó a rellenar el vacío en historia contemporánea: Antonio Álvarez de Morales, Mariano y José Luis Peset, Marc Baldó, María Fernanda Mancebo, Yolanda Blasco y otros muchos... Era evidente que la universidad liberal estaba más cerca del presente, guardaba mayor analogía con las ruinas que quedaron tras la guerra y la imposición de la dictadura nacionalcatólica. En los últimos años se ha investigado la postguerra, las depuraciones, el exilio de profesores, las oposiciones patrióticas, el control y la represión estudiantil –en fin, las glorias del imperio: «Por el imperio hacia Dios...»–.

3. En tercer lugar veamos los distintos enfoques o planos desde los que es posible analizar las universidades. En un principio había notable preferencia por las fuentes jurídicas: las bulas, las reales cédulas, las constituciones y estatutos de los estudios generales constituían las fuentes principales. Es evidente que permiten una primera visión, por su carácter genérico y el horizonte que proporcionan –también son las más fáciles de hallar y sintetizar–. Este enfoque posee la *Historia pragmática e interna de la universidad de*

Salamanca (2 volúmenes, 1914-1917) de Enrique Esperabé de Arteaga, que quería exaltar a su padre don Mamés, el todopoderoso rector salmantino de fines del XIX. Ayudado por algunos archiveros, publica y organiza estatutos y documentos. Hoy su enfoque y contenidos están superados por los volúmenes de la *Historia de la Universidad de Salamanca*, coordinada por Luis Enrique Rodríguez-San Pedro y Juan Luis Polo (5 vols., 2002-2009).

En línea con Esperabé está la *Historia de las universidades hispánicas. Orígenes y desarrollo desde su aparición hasta nuestros días* (11 volúmenes, 1957-1979), de Cándido M^a Ajo González de Rapariegos y Sáinz de Zúñiga. Con ambición extendió su campo a las universidades americanas y otras que en algún tiempo estuvieron sujetas a la corona. Es verdad que hizo gran acopio de materiales, sobre todo impresos —hay que ir con cuidado con sus transcripciones—. En los últimos tomos se limitó a copiar las fichas reunidas durante largos años —que, por lo demás, son útiles—. Pero este esforzado autor apenas llegó a comprender nada, en algún momento escribió:

Cisneros se adelantó en siglos a lo que será la universidad futura: La universidad de los que valen aunque no tengan una perra; aquello era una verdadera Universidad del proletariado, ¡la primera del mundo!; esto fue algo siempre de la tradición universitaria hispánica desde sus primeras creaciones; pero organizarlas de un modo sistemático en este sentido no se llegó hasta Alcalá: en la idea cisneriana, todos sus pilares eran del proletariado y para el proletariado; es curioso, buscando años y años una solución, al menos teórica a dicho problema social, hoy más agudo que nunca, y resulta que aquel genio ya lo dio resuelto, incluso en la práctica para su época, ¡cuál no sería mi admiración y asombro!; ¡la fórmula sigue en vigor!; es absurdo el sofisma ahora empleado para impedir creaciones similares: «sería meter en la universidad la lucha de clases». ¡Absurdo! ... (II, p. 306)

El tomo estaba dedicado al «Caudillo de España por la Gracia de Dios. Francisco Franco» —el primero a Rafael Leónidas Trujillo, «Ex-Presidente de la República Dominicana y Generalísimo de sus Ejércitos de Tierra, Mar y Aire»—. Otros al almirante Américo Thomas y a Fernando Marcos, presidentes de Portugal y Filipinas. En los últimos aparecen el Dr. Salvador Allende, el príncipe de España don Juan Carlos y la reina de España Sofía de Grecia...

Pero si lo comparamos con la *Historia de la educación española* (1941) del jesuita Enrique Herrera Oria, Ajo representa un nivel digno, de historiador... El hermano del cardenal en su libro proponía una universidad basada en la tradición eclesial de Salamanca y en las reformas de Mussolini, en el «actual Movimiento salvador de España».

La historia de las universidades ha ensanchado sus enfoques. El marco jurídico se considera una primera estructura, que revela el tipo o modelo que sigue: universidades do-

minadas por los escolares, claustrales, municipales, colegiales o de las órdenes religiosas... Sin embargo conviene superar una lectura plana de los estatutos, y tener en cuenta dos advertencias: la primera, que cambian a lo largo del tiempo; Salamanca, que era una universidad de escolares y graduados, fue sujeta por Martín V a los doctores y catedráticos. La segunda, que, sin perjuicio del modelo señalado en la bula o diseñado por constituciones y estatutos, cada una funciona con soluciones peculiares —no hay dos universidades iguales—. Es necesario entrar en sus archivos y reconstruir a fondo su trayectoria para entender las realidades de su funcionamiento. La mayor o menor sujeción al pontífice, al monarca o al virrey reflejan sus dependencias, el juego de poderes... Sin duda el estudio de las series de hacienda universitaria, la cuantía de los salarios, el número de cátedras o de estudiantes descubren su mayor o menor dimensión, las facultades más pobladas, su función preponderante... De este modo pueden compararse los distintos centros, precisar el sentido de cada uno.

Se han realizado estudios sobre quiénes fueron los profesores y los escolares, qué conocimientos se transmitía en sus aulas —en relación al saber de cada época— y de qué forma: lecciones, disputas... Cómo se promocionaban en las cátedras, cómo se insertan unos y otros en la sociedad que les rodea, las tareas que cumplen los médicos, los juristas y los teólogos... Solo entonces pueden trazarse diversos planos y avanzar hacia una visión más completa.

Franz Eulenburg en *Die Frequenz der deutschen Universitäten von ihrer Gründung bis zur Gegenwart* (1904) presentó la estadística de la población escolar en las universidades alemanas, determinó las variaciones y la tendencia, la dimensión de los viejos estudios. Pudo aprovechar los gruesos volúmenes publicados en el XIX, que presentaban listados de escolares —de Heidelberg o de Viena—, para la memoria o recuerdo de quienes habían estudiado en sus aulas. Pero fue Lawrence Stone en *University in Society* (2 volúmenes, 1971, I, pp. 3-110) y otros trabajos, quien reanudó y ahondó esta línea de investigación. En conexión con sus estudios sobre la nobleza británica y la *gentry* determinó su presencia en la matrícula de Oxford, que se incrementó en el siglo XVI. Habló de una «revolución educativa», debida a la formación de la monarquía y de la iglesia anglicana, un incremento que cesó en el XVII al acudir menor número de escolares a las aulas.

Las publicaciones de Stone desencadenaron una fiebre de recuentos en torno a aquella «revolución» o alza de la matrícula, que no se cumple en Alemania ni en otros países. Entre nosotros había viejos recuentos, pero fue Richard L. Kagan quien los mejoró en su libro *Students and Society in Early Modern Spain* (1974). Luego se han completado con otras, referidas a los siglos XVIII a XX; incluso las medievales, de las que no existe matrícula, pero cabe una aproximación a través de los rótulos de súplicas que las universida-

des presentaban a los pontífices. A través de ellos se puede conocer la *vis atractiva* que poseen los estudios generales peninsulares o los desplazamientos que realizan *hispani* y *catalani* a Bolonia y al sur de Francia: la *peregrinatio academica*. O la *fuga academica* desde las universidades más prestigiosas hacia las menores para lograr grados fáciles y menos costosos. En esta tarea no faltan aportaciones de nuestros grupos, que se han esforzado en fijar el número de escolares, por cursos o años, por facultades, sus edades, su origen geográfico, así como otros índices que interesan de modo directo a la formación académica: la discontinuidad de los estudios, la tasa de mortalidad estudiantil, el abandono o el fracaso escolar...

En cuanto a los catedráticos, Esperabé —como en las viejas historias— recogió hijos ilustres de la universidad salmantina, para intercalar una amplia biografía de su padre, de quien heredó la cátedra de griego, mientras denostaba a Unamuno —por lo menos Alcocer inventarió a todos los de Valladolid—. Un banco con los datos de los profesores es indispensable, pero a partir de él hay que reconstruir carreras, promociones, los grupos que se enfrentan o ayudan: los colegiales mayores y los menores, las órdenes religiosas y el clero secular, las familias y otros poderes —en México peninsulares y criollos—. Después los partidos políticos, grupos católicos o de la institución libre de enseñanza, facciones falangistas y opusdeístas en la postguerra...

También hay que leer su obra, sus manuales o apuntes para percibir el nivel de las explicaciones y de sus conocimientos en la materia. En otro caso nos quedamos en un mero análisis de estructuras universitarias huecas, sin alcanzar a comprender el papel esencial de las universidades, donde se forman teólogos para mantener la ortodoxia y gobernar la iglesia, para aconsejar en los consejos de la monarquía junto a canonistas y juristas; estos últimos para ejercer en las chancillerías y audiencias, o médicos para la sanidad. Es como si se estudia una audiencia o un consejo a través de la legislación —o los nombramientos— sin examinar sentencias o autos y decisiones, el resultado es superficial, incompleto... En los siglos contemporáneos, tan convulsos, las facultades gradúan abogados que se dedican a la política o abren sus despachos, acceden a la magistratura o a los cuerpos del estado; médicos que atienden a la sanidad desde sus clínicas y hospitales; ingenieros y arquitectos —en escuelas separadas de la universidad— que construyen obras y edificios públicos y particulares. Todas estas perspectivas, que apenas asomaban en las viejas historias universitarias, han avanzado en los últimos años.

4. Todavía existe otra meta sólo en parte cultivada, que sin duda requiere un gran esfuerzo: la interrelación entre las universidades. Las historias de una universidad, o de un periodo de ella, son imprescindibles. Si se hace una investigación rigurosa hay que escudriñar las fuentes en sus archivos —Alcalá y otras suprimidas en el archivo nacional;

México en al archivo general de la nación—. Pero no tendría sentido estudiar Salamanca, Valencia o cualquiera otra, como un núcleo cerrado, autosuficiente. Hay que buscar las conexiones existentes con las demás...

Las ciencias y saberes no se cultivan aislados; es más, en buena parte avanzan fuera de los claustros, Copérnico o Descartes, Hobbes o Montesquieu, Rousseau... Hoy, desde institutos de investigación que en ocasiones no forman parte de la universidad... Ni siquiera en derecho es posible entender la doctrina de nuestras facultades en los últimos siglos, sin tener en cuenta el humanismo jurídico, los comentaristas del *Code* o a Savigny y la pandectística alemana. La historia de los saberes escapa a la horma nacionalista... No basta con historiar de forma conjunta las universidades de un país o de una corona, como hicieron Vicente de la Fuente o Cándido M^a Ajo, eslabonando en los diferentes periodos los sucesos o cambios en cada una de ellas. Sobre las medievales, por la escasez de fuentes, fue posible reunirlos: Denifle y Rashdall analizaron uno tras otro los varios estudios generales, a partir de Salerno, Bolonia, París... Hay que intentar la visión conjunta, mirando hacia el exterior, aunque sea a través de la bibliografía.

Si partimos de la historia de las ciencias y conocimientos, que son su contenido esencial —cultivarlas y enseñarlas—, es indispensable atender su relación, porque en ese punto la conexión es máxima. Los avances del conocimiento se producen en una u otra universidad y se difunden hacia otras —con sus resistencias y dificultades, Galileo es buen ejemplo—. La difusión de los avances requiere la existencia de figuras *minores* o precedentes que cultivan los saberes; una vez formulada una nueva teoría o enfoque es menester que otras la acepten, transmitan los descubrimientos en los distintos centros, que circulen las nuevas ideas. En todo caso las ciencias poseen dimensión mundial, por más que se concentren en algunos centros y países. No cabe aislar la historia de la física ni la del derecho...

Mariano y José Luis Peset, en *La universidad española (siglos XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal* (1974), presentaron su versión desde ese enfoque. Conocían bien Salamanca y Valencia, y procuraron entrelazar el relato desde la medicina y el derecho, la filosofía e incluso la teología. Porque no se trata de describir solo estructuras institucionales ni reconstruir listas de profesores y cátedras o recontar alumnos, sino ahondar en el desempeño esencial de las universidades, qué saben, qué enseñan, para qué sirven... Y a través de las ciencias —duras o blandas— se conectan con el exterior o lo rechazan desde la tradición y el atraso. Por tanto, hay que conocer la bibliografía de las ciencias y de las universidades extranjeras; y sobre todo al investigar los centros del área hispánica, donde los avances y nuevas direcciones se importan desde el exterior —salvo en casos contados, Cajal o Chávez...—. La historia de nuestras universidades es una con-

tinua y a veces tardía importación y reelaboración de conocimientos y saberes, siempre a la zaga, salvo en puntos aislados.

No pretendemos atribuir solo a nuestro grupo los progresos expuestos: son muchos quienes se han ocupado de las universidades en los últimos años. Por lo demás somos un colectivo abierto y en comunicación con estudiosos sobre otras universidades o áreas contiguas. Al menos habrá que reconocer que hemos colaborado en este camino, en una historia universitaria más amplia y rigurosa, más rica en enfoques y planteamientos, menos sujeta a ideologías interesadas. Y los congresos han sido un instrumento esencial para el conocimiento crítico.¹ Pese a quien pese, han sido fructíferos, aunque la burocracia universitaria no los valore. Así vamos...

MARIANO PESET
JORGE CORREA

1. Agradecemos al ministerio el programa de investigación: DER2009-12871, «Doctrinas y ciencia en las universidades españolas en relación con América y Europa (siglos XVI a XX)».

MATRÍCULA Y LECCIONES

XI CONGRESO INTERNACIONAL DE HISTORIA
DE LAS UNIVERSIDADES HISPÁNICAS
(VALENCIA, NOVIEMBRE 2011)

Prólogo de

MARIANO PESET y JORGE CORREA

VOLUMEN I

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
2012

Edita:

Servei de Publicacions de la Universitat de València

© *d'aquesta edició:* Universitat de València, 2012

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

Publicacions@uv.es

Coordinador: Vicent Olmos

Fotocomposició, maquetació i impressió: Arts Gràfiques Soler, S. L.

L'Olivereta, 28 46018 València

www.graficas-soler.com

ISBN: 978-84-370-9021-4 (Obra completa)

ISBN: 978-84-370-9022-1 (Vol. 1)

Dipòsit legal: V. 3.106 - 2012

Aquesta publicació no pot ser reproduïda, ni totalment ni parcialment, ni enregistrada en, o transmesa per, un sistema de recuperació d'informació, en cap forma ni per cap mitjà, sia fotomecànic, fotoquímic, electrònic, per fotocòpia o per qualsevol altre, sense el permís previ de l'editorial.

*A José María López Piñero,
historiador, hombre de ciencia, amigo...*

ÍNDICE

VOLUMEN I

Prólogo, por Mariano Peset y Jorge Correa	15
José María López Piñero, Historiador de la Medicina y de la Ciencia, por Mariano Peset	25
Publicaciones de José María López Piñero, por María Luz López Terrada	31
LOS OBISPOS DE NUEVA ESPAÑA Y LAS CARRERAS DE LOS UNIVERSITARIOS, SIGLO XVIII. <i>Rodolfo Aguirre</i>	61
MARÍA MOLINER EN LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA, 1936-1939. <i>Salvador Albiñana</i>	89
LAS PRIMERAS OPOSICIONES A CÁTEDRAS DE DERECHO PATRIO EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA. <i>Paz Alonso</i>	119
LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MÉXICO Y LAS CELEBRACIONES DEL IV CENTE- NARIO. <i>M.ª de Lourdes Alvarado</i>	141
LA UNIVERSIDAD NEOCATÓLICA. UN FRACASO ANUNCIADO. <i>Antonio Álvarez de Morales</i>	169
LOS GRADOS DE LA REAL UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA. SIGLOS XVII Y XVIII. <i>Adriana Álvarez Sánchez</i>	197

LA REGULACIÓN JURÍDICA DE LA AUSENCIA EN ESPAÑA DEL LIBERALISMO AL FRAN- QUISMO. <i>Ramón Aznar i Garcia</i>	217
LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIANTES. <i>Marc Baldó Lacomba</i>	233
PRIMERAS OPOSICIONES A CÁTEDRA DE DERECHO CANÓNICO EN LA POSTGUERRA, 1940-1942. <i>Yolanda Blasco Gil y Jorge Correa Ballester</i>	251
GOZOS Y DESVENTURAS DEL PAVORDE DON LUIS CRESPI DE BORJA EN LA UNI- VERSIDAD DE VALENCIA. <i>Emilio Callado Estela</i>	267
REVOLUCIÓN Y VIOLENCIA EN EL LENGUAJE ESTUDIANTIL DE LOS SETENTA: ITALIA Y ESPAÑA. <i>Luciano Casali</i>	287
LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA EN TRANSICIÓN (1975-1976). <i>Jaume Claret Miranda</i> ...	299
LOS PRIMEROS PASOS DEL ASOCIACIONISMO ESTUDIANTIL: LA UNIÓN ESCOLAR UNIVERSITARIA. <i>Daniel Comas Caraballo</i>	317
LE UNIVERSITÀ ITALIANE NELL'ETÀ SPAGNOLA (SEC. XVI-XVII). <i>Piero del Negro</i>	349
PROVISIÓN DE CÁTEDRAS Y PERFIL DE LOS CATEDRÁTICOS DEL ESTUDIO GENERAL DE VALENCIA DURANTE EL RECTORADO DEL DOCTOR BERNAT ALCALÀ (1514-1521). <i>Manuel V. Febrer Romaguera</i>	359
EL PROCESO CONTRA MIGUEL JERÓNIMO ROMÁ, CATEDRÁTICO DE MEDICINA DE VALENCIA (1623-1628). <i>Amparo Felipo y Francisco Javier Peris</i>	387
EUDALDO JAUMEANDREU Y SUS CLASES DE CONSTITUCIÓN. <i>Pilar García Trobat</i>	407
ESTUDIANTES Y GRADUADOS EN CÓRDOBA DEL TUCUMÁN (1670-1854). FUENTES Y AVANCES DE INVESTIGACIÓN. <i>Enrique González González y Víctor Gutiérrez Rodríguez</i>	431
VICENTE Y JOAQUÍN DUALDE. ENTRE LA POLÍTICA, EL DERECHO Y LA UNIVERSI- DAD. <i>María Pilar Hernando Serra</i>	457

EDUCACIÓN PÚBLICA, PATRIA Y RELIGIÓN EN EL TRÁNSITO DEL SIGLO XVIII AL XIX. <i>Vicente León Navarro y Telesforo M. Hernández</i>	483
LA REPRESENTACIÓN DE LA MEDICINA UNIVERSITARIA EN EL <i>AMOR MÉDICO</i> DE TIRSO DE MOLINA. <i>María Luz López Terrada</i>	503
LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA EN LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA: EDUARDO GARCÍA DEL REAL. <i>José Vicente Martí Bosch y Antonio Rey González</i> ...	521

VOLUMEN II

MÁS ALLÁ DE KRAUSE: JULIÁN SANZ DEL RÍO EN HEIDELBERG Y LA SUBCULTURA ACADÉMICA EN LA NUEVA UNIVERSIDAD DE MADRID. <i>Charles E. McClelland</i>	15
LA PRAXIS DE LOS ESTUDIOS JURÍDICOS EN EL SEMINARIO CONCILIAR SAN DIONISIO AREOPAGITA DE LA ABADÍA-IGLESIA COLEGIAL DEL SACROMONTE DE GRANADA. <i>Alejandro Martínez Dhier</i>	29
LA AUTONOMÍA UNIVERSITARIA COMO CUESTIÓN ADMINISTRATIVA. UN DEBATE FIN DE SIÈCLE. <i>Manuel Martínez Neira</i>	45
FISCALES EN GUERRA: EL EJEMPLO DE LOS TRIBUNALES VALENCIANOS (1936-1939). <i>Pascual Marzal Rodríguez</i>	59
EL COLEGIO DE MISIONEROS NACIONALES. <i>Margarita Menegus Bornemann</i>	79
CATEDRÁTICOS DE DIREITO E POLÍTICA: O IDEÁRIO REFORMADOR DE MARNOCO E SOUSA SOBRE A CRISE DO SISTEMA POLÍTICO LIBERAL. <i>F. Moura Ferreira</i>	85
LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA NATURAL Y LAS DISCIPLINAS MATEMÁTICAS EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVII. <i>Víctor Navarro Brotos</i>	97
LAS UNIVERSIDADES VALENCIANAS ANTE LA GUERRA DE SUCESIÓN Y LA NUEVA PLANTA. <i>Javier Palao Gil</i>	115

RELIGIOSOS GRADUADOS EN LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO EN EL SIGLO XVI. <i>Armando Pavón Romero</i>	137
FRANCISCO MOLINER Y NICOLÁS, DE LA CÁTEDRA AL ESCAÑO. <i>Germán Perales Birlanga</i>	157
UN COLEGIO EN TIEMPOS DE GUERRA. EL SEMINARIO TRIDENTINO DE SANTIAGO DE 1585 EN LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA DEL SIGLO XIX. <i>Leticia Pérez Puente</i> ...	177
JUAN BAUTISTA PESET ALEIXANDRE Y LA ENSEÑANZA DE LA PSIQUIATRÍA EN LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA. <i>José Luis Peset</i>	197
NEBRIJA Y VIVES, DOS HUMANISTAS QUE ESCRIBEN SOBRE DERECHO. <i>Mariano Peset</i>	219
UNAS NOTAS SOBRE LA OPOSICIÓN A PRIMA DE MEDICINA EN MÉXICO, 1595. <i>Mariano Peset Mancebo</i>	237
EL OFICIO DE SECRETARIO EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA DEL SIGLO XVIII. UNOS APUNTES DE SECRETARÍA. <i>Juan Luis Polo Rodríguez</i>	251
EL DEBATE SOBRE EL ESTATUTO DE AUTONOMÍA EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID (1919-1922). <i>José María Puyol Montero</i>	279
LA LEGISLACIÓN DEL TRABAJO EN LOS MANUALES (1940-1960). <i>Mario Francisco Quirós Soro</i>	297
LA MORAL DEL CLÉRIGO UNIVERSITARIO MEXICANO, EN EL SIGLO XVI. <i>Clara Ramírez</i>	325
LA CIUDAD DE MÉXICO EN EL SIGLO XVI. LA URBE Y LAS LETRAS. <i>Jessica Ramírez Méndez</i>	341
VÍTORES UNIVERSITARIOS Y NACIONES DE ESTUDIANTES EN LA SALAMANCA DEL BARROCO. <i>Luis E. Rodríguez-San Pedro Bezares y Ángel Weriuga Prieto</i>	357

ÍNDICE

LA CIENCIA MÉDICA EUROPEA Y LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA. «EDAD DE PLATA» Y POSTGUERRA (SEVILLA 1932-1946). <i>Juan Luis Rubio Mayoral</i>	385
LOS EXPEDIENTES DE RESPONSABILIDADES POLÍTICAS DE JOSÉ MARÍA OTS CAPDEQUÍ Y JULIÁN SAN VALERO APARISI. <i>Vicent Sampedro Ramo</i>	419
NO SOLO BUROCRACIA; CURSOS Y MATRÍCULAS EN LA UNIVERSIDAD COLONIAL DE MÉXICO. <i>Carlos Tormo Camallonga</i>	449
LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO Y LA FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA NACIONAL. <i>Ambrosio Velasco Gómez</i>	475
LA CÁTEDRA DE NOTARÍA EN LA VALENCIA ISABELINA. <i>Sergio Villamarín Gómez</i>	495